

Tras la línea

El otro que llevamos dentro

Sergio González Rodríguez

La potencia espectral que habita en cada persona puede comprenderse mejor a la luz de un uso del lenguaje de alcance universal. El dicho: “Me encontré con un fantasma del pasado”. O bien: “Vi a... y era su propio fantasma”. En el primer caso se enfatiza la relación entre alguien y el pasado; en el segundo, se refiere a que equis mujer (u hombre) ya es una sombra que evoca lo que antes fue.

El aspecto interesante en ambos sentidos refiere a la dificultad de sincronizar de nuevo A (el yo del presente) y B (el tú del pasado), y viceversa, en una convergencia temporal que ha desaparecido. Ninguno de los dos ni el contexto que los unió está vigente, de allí que resulta difícil personificar ahora a aquel que fuimos en el flujo del tiempo. Lo que viene es un diálogo de espectros.

El encuentro espectral escapa a la idea de lo siniestro que evoca, en términos canónicos, algo estremecedor de índole familiar. Más bien apunta a algo estremecedor de índole no familiar, que sin embargo afecta a quien lo experimenta. El choque con el otro, que es uno desdoblado en el que no se es. Algo cercano a esto: “Mi relación con el Otro como prójimo da sentido a mis relaciones con todos los otros” (Emmanuel Lévinas *dixit*).

Recuerdo que Fernando Benítez, en la oficina del suplemento semanal que dirigía en el diario *La Jornada* (entonces asentado en el edificio que fue de la Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey), me contó un episodio de su vida desconcertante para él. Ya muy cerca de su octava década de edad, acudió a presentar en un foro público un libro que acababa de publicar. La presentación sucedió tal como estaba prevista: dos o tres comentaristas

elogiaron la obra más reciente del escritor y periodista y un público leal aplaudió cada una de las intervenciones, sobre todo, la del autor celebrado, quien agradeció entre bromas la generosidad efusiva de sus amigos. Dijo que “le encantaba el baño de elogios que había recibido”. Los asistentes rieron felices ante semejante ocurrencia.

Enseguida, una fila de personas con un libro de Benítez en mano se le acercó en busca del autógrafo preciado. Al terminar con la sesión de firmas, una mujer breve, de vestimenta modesta y alta edad se acercó al autor y le espetó: “Fernando soy yo, ¿te acuerdas de mí?”. Benítez sintió que se abría una desgarradura en el tiempo. Empalideció, perdió la palabra y escrutó el rostro de la mujer en los pliegues del tiempo. “Era un fantasma”, me diría al narrarme la situación, “era una de mis novias, hermano: apenas la reconocí. Su rostro era una máscara putrefacta, horrorosa, insoportable... igual que el mío. Era mi propio espejo que atestiguaba mi vejez, esa demolición a la que estamos condenados cada uno de nosotros”, decía, contristado mientras contemplaba la esquina del antiguo diario *Novedades*, donde trabajó muchos años en el semanario “México en la Cultura”.

La mujer, al ver el rostro estupefacto y acallado de Benítez, insistió: “Sí, soy yo, Fernando, tu novia, ¿no te acuerdas ya? Nos citábamos frente al palacio de Calderas y Ayuntamiento. ¿Ya te olvidaste de todo eso?”. Benítez me comentó que, más que un olvido, lo paralizó la incredulidad frente al paso del tiempo: “no pude articular palabra, hermano, quise deshacerme de ese fantasma que era el mío propio. Ella era muy pobre, y resguardaba su

virginidad como todas las mujeres en esa época, aun así fuimos novios, pero yo terminé por despreciarla, era indigno de ella...”. Cada vez que he pasado a pie o en coche por aquel cruce, atisbo el edificio clasicista que fue sede del Instituto Médico Nacional, de la Asociación de Ingenieros, ahora Archivo Histórico del Agua, un entorno que renació luego de la destrucción de la Decena Trágica en la Ciudadela, y recuerdo la lección de Fernando Benítez sobre los fantasmas del pasado. Sobre el trayecto ineluctable de convertirnos en un fantasma para los demás.

¿En qué momento sabemos la enormidad anterior? Para algunos, como Benítez, fue el episodio de su propia vejez. Para otros, tal descubrimiento tiene que ver con la recapitulación del pasado, como en la novela *El último encuentro* de Sándor Márai, que encubre un secreto atroz el cual ha de revelarse. Y, en general, tiene que ver con la comprensión de algo inasible que se revela de pronto, y que articula un sentido de la pérdida de dimensiones inusitadas. Giorgio Agamben afirma en *Es-tancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental* que el paso de lo ausente a la obsesión con ello desata la melancolía: “la pérdida imaginaria que ocupa tan obsesivamente la intención melancólica no tiene ningún objeto real, porque es la imposible captación a lo que dirige su fúnebre estrategia”.

Conviene detenerse un momento en el aserto del filósofo italiano y en la urdimbre conceptual que propone: pérdida, imagen, obsesión, melancolía, fantasmagoría, imposibilidad y convergencia fúnebre. Si se acepta esta urdimbre la conciencia del devenir fantasma de cada persona parece volver a lo mismo: a la certeza de la muerte.

Sin embargo, y contra lo que Agamben subraya, lo que es decisivo está del lado de la vida: la aceptación de lo fúnebre cuyo significado se revela a través del impulso vital. Allí se halla un foco originario: el de la resurrección.

Para el humanismo cristiano, cuya influencia impregna la filosofía y la literatura occidentales, dicho foco originario se remonta a el Evangelio de san Juan, cuando relata la resurrección de Cristo. Después de que José de Arimatea recupera el cuerpo del crucificado y lo lleva al sepulcro, los discípulos del Mesías descubrirán que la cripta está vacía, pues según las Escrituras Jesús debía resucitar de entre los muertos.

María llora junto al sepulcro por la ausencia de su hijo y unos ángeles se le aparecen. Le preguntan por qué llora. En ese momento “miró hacia atrás y vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús”, quien le reitera la pregunta: “Mujer, ¿por qué estás llorando?”. Ella, que piensa que el resucitado es el sepulturero, le reclama adónde se ha llevado el cuerpo de su hijo, quien le grita, como para despertarla de su pasmo: “¡María!”, a lo cual responde ella: “¡Maestro!”.

La escena descrita transcurre del dolor al pasmo, y del pasmo al júbilo ante el resucitado, que incluye el suspenso de la inadvertencia a la incredulidad. Algo semejante ocurre cuando, más tarde, Jesús se presenta ante sus discípulos, quienes se llenan de alegría al verlo. Sólo Tomás, ausente en aquel encuentro, dudará de la

resurrección, pero días después, al tocar las heridas de Jesús en el costado y en sus manos, habrá de creer. También el resucitado pescará, comerá, instruirá y departirá luego con sus discípulos.

Aquel episodio evangélico tiene un antecedente, el regreso de Lázaro de la muerte, y en este caso no se asienta la reacción de los circunstantes ni del propio resucitado, aunque la atmósfera implica desaliento, incredulidad, promesa...

Si es claro que un resucitado está lejos de ser una sombra, pues ha vuelto en cuerpo y alma, su reaparición tiene mucho de espectral, en tanto desafío a la irreversibilidad de la muerte, un suceso que para los humanos acontece en la imaginación, como lo muestra Amadeo Salvatierra, uno de los personajes de Roberto Bolaño en *Los detectives salvajes*, quien de pronto ve a la poeta Cesárea Tinajero (trasunto de Concha Urquiza) que camina por el Centro de la Ciudad de México “atravesando el Zócalo con tanta prisa como si acudiera tarde a una cita de enamorados o como si se dirigiera a su chambita en alguna de la tiendas del Centro, una mujer vestida discretamente, con ropas baratas pero bonitas, el pelo negro azabache, la espalda firme, las piernas no muy largas pero con la gracia inigualable que tienen las piernas de todas las mujeres jóvenes”.

El personaje de Bolaño, quien afirma que “así como hay mujeres que leen el futuro, yo veo el pasado, veo el pasado de México y veo la espalda de esta mujer que se

aleja de mi sueño, y le digo ¿adónde vas, Cesárea?, ¿adónde vas, Cesárea Tinajero?”, me remite sin saber bien a bien por qué al encuentro de Fernando Benítez con su novia olvidada. Quizá sea sólo la corporeidad que puede cobrar el pasado y sus fantasmas en cualquier momento de nuestra vida.

La fantasmagoría pertenece al mundo vital más que al de los muertos, lo que sucede es que hemos perdido la capacidad de verlo, incluso de intuirlo. En la Antigüedad las personas vivían en la realidad de la transformación continua, donde el sueño, la imaginación, los vivos y los muertos compartían sin mayor asombro el presente, que unía el pasado y el futuro en una simultaneidad intensa.

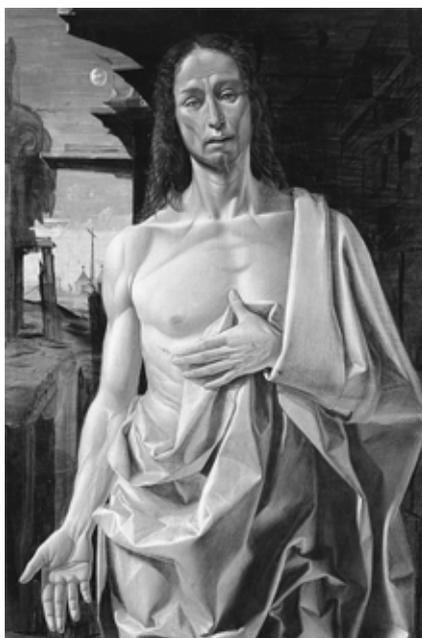
Desde la modernidad, el racionalismo y el cientificismo, la reducción del universo a lo tangible, medible y sujeto a prueba con vistas a ejercer la ciencia aplicada, el encantamiento del mundo comenzó a desaparecer hasta erradicar por completo la vigencia de los prodigios y del misterio.

Jean Daniélou ha descrito los costos de este declive en *Cultura y misterio*, y cómo al aspirar al paraíso perdido la humanidad terminó por volcar su sentido en el paraíso estético, el de tipo ético o el místico. Y el de la infancia. Apunta: “la idea del misterio se encuentra en la unión de dos grandes orientaciones actuales: la búsqueda de valores y la búsqueda de una comunión”.

En el fondo de los fantasmas que vuelven para cimbrar nuestro presente, pulsa el misterio. **U**



Mattias Stom, *La incredulidad de Santo Tomás*, 1649



Bramantino, *Cristo resucitado*, 1490



William Blake, *Resurrección de san Lázaro*